

***Del bullicio al silencio. Hacia una historia de los comportamientos y prácticas de lectura al interior de la naciente opinión pública chilena, a principios del siglo XIX***

Jorge Pablo Olguín Olate\*

**Introducción**

Conocer las prácticas de lectura en Chile durante la primera mitad del siglo XIX es un desafío epistemológico y metodológico. En el presente estudio se pretenderá dar algunas aproximaciones a ese desafío intelectual. Mediante la formulación de cuatro preguntas esenciales: quiénes leían, qué leían, cómo lo hacían y finalmente en qué lugares lo llevaban a cabo, se intentará aportar al conocimiento de los comportamientos de lectura de la naciente opinión pública nacional.

Palabras claves

Opinión pública – lectura – modernidad

**From noise to silence: Towards a history of reading behaviors and practices within the nascent Chilean public opinion in the early nineteenth century**

Abstract

Understanding reading practices in Chile during the first half of the nineteenth century is an epistemological and methodological challenge. This study attempts to supply some intellectual approaches to this challenge, contributing to the knowledge of reading behaviors of the emerging national public opinion through four essential questions: who read, what they read, how they did it and what places it finally wore out.

Keywords

Public opinion - reading - modernity

**Quienes leían**

---

□ Licenciado y Magíster en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Programa de Doctorado en Historia, Universidad de Chile. Académico de la Universidad Internacional SEK. [Jorge.olguin@uisek.cl](mailto:Jorge.olguin@uisek.cl). Este artículo está sustentado en la tesis de investigación para optar al grado de Magíster en Historia que otorga el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

La construcción de una opinión pública moderna en Iberoamérica fue un proceso caracterizado por su complejidad y lentitud. La tardanza en la implantación de un sistema educativo formalizado y ampliado, la inexistencia de un capitalismo completamente asentado y expandido<sup>1</sup>, la falta de una efectiva profesionalización de quienes realizaban la labor de redactores y periodistas de impresos<sup>2</sup>, la ausencia de una complementariedad perceptible entre información, publicidad y sustento ideológico de la línea editorial<sup>3</sup>, la discusión sobre temáticas de fundamento liberal con las cuales se criticaba abiertamente las representaciones e imaginarios tradicionales<sup>4</sup>, permiten sugerir, al menos inicialmente, que la opinión pública moderna la hallamos en Chile recién a partir de 1850. Asimismo, las escasas investigaciones que se han preocupado de estudiar aunque sea tangencialmente la problemática de la conformación de esa opinión pública, han propuesto como hitos fundacionales, tanto el movimiento literario de 1842,

---

<sup>1</sup> Alfonso Bulnes en su “la prensa chilena en la época de Portales” nos señala que la prensa de este período escasamente poseía avisos económicos, en *Semana retrospectiva de la prensa chilena*, Universidad de Chile, 1934. Para Alfonso Valdebenito, estudioso del tema, la prensa decimonónica no poseyó un carácter comercial. El financiamiento de la prensa, entonces, provino del Estado. Bulnes nos señala que desde el año 1825, el gobierno de entonces decretó que, bajo la figura del Consejo Editorial, el Estado debía suscribirse a 200 ejemplares de todo medio de prensa escrita que circulara en el país. Según este mismo autor, en 1827, el presidente Freire modificó el decreto anterior, estableciendo que el gobierno se suscribirá única y exclusivamente a los medios que ellos estimen conveniente, esto en clara alusión a la virulencia de la prensa opositora a su gestión, en *Historia del periodismo chileno, 1812-1955*, Círculo de periodistas de Chile, 1956. Raúl Silva Castro nos señala que el Estado, en la década de 1840, continuaba con este subsidio a la prensa, esto se justificaría –según las autoridades de gobierno- para ayudar a la sobrevivencia económica de los medios de comunicación, pues el escaso número de lectores impedía el autosostenimiento económico de éstos, en *Prensa y periodismo en Chile, 1812-1956*, Universidad de Chile, 1958.

<sup>2</sup> Para el historiador Carlos Ossandón el periodista “moderno” surgió a partir de mediados del siglo XIX, cuando se dieron ciertas condiciones financieras y sociales, tales como, “el crecimiento y la transformación de la ciudad de Santiago, la emergencia de nuevos actores sociales y profesiones, la consolidación del liberalismo político, la ampliación del circuito letrado, el desarrollo inicial de un mercado de bienes culturales, la extensión de la educación formal, el surgimiento de nuevos comportamientos sociales y niveles de consumo, la implantación del ciclo completo de la “industria impresora” (producción, circulación, comercio y lectura), y el importante desarrollo y diversificación que experimentan los periódicos y las comunicaciones –ferrocarriles, telégrafo, correos, teléfono-”, en “El correo Literario de 1858”, *Mapocho*, N° 38 (1995), p. 135.

<sup>3</sup> Este punto es discutible, según Valdebenito la prensa en sus primeras décadas era muy pobre en materia informativa. El autor no ahonda en qué se entiende por materia informativa, pues perfectamente las notas editoriales pueden ser encasilladas como materia informativa.

<sup>4</sup> La prensa no es diaria sino periódica, y que en la mayoría de los casos se reduce a un ejemplar por semana.

encabezado por José Victorino Lastarria, como la fundación de la Universidad de Chile, por Andrés Bello, ese mismo año<sup>5</sup>.

Bajo esta lógica, debemos contextualizar el Chile de la primera mitad del siglo XIX, el cual daba cuenta de una acelerada transformación política y económica, pero una lenta transición social y cultural. Como resabio de una experiencia reciente de Antiguo Régimen, existía una acentuada diferencia entre los dos grupos sociales tradicionales, la elite dirigente y el bajo pueblo. La elite dirigente era minoritaria y poseyó claramente características propias. Desde el siglo XVIII venía ocupando los puestos políticos más importantes del gobierno español, creando intensas redes de contactos e influencias políticas y comerciales. Mediante la concreción de alianzas familiares, su fortuna la forjaron fundamentalmente gracias a la explotación de la tierra y la minería, haciéndose poseedores de una marcada mentalidad tradicional en lo social y cultural. Asimismo se auto reconocían como los “mejores”, es decir, si la situación lo ameritaba se sentían, en palabras textuales de la historiadora Ana María Stuyen, “el grupo llamado naturalmente a gobernar”<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Hay que advertir, que la mayoría de los estudios que tratan este específico tema para el caso chileno lo han realizado desde una dimensión de *historia del libro* y no de una *historia de las prácticas de la lectura*. Se pueden consultar las siguientes obras, Subercaseaux, Bernardo, *Historia del libro en Chile (Alma y Cuerpo)*, Santiago, Andrés Bello, 1993; Sergio Martínez Baeza en su *El libro en Chile*, Santiago, Biblioteca Nacional, 1982; Céline Desramé, “La comunidad de lectores y la formación de espacio público en el Chile revolucionario: De la cultura del manuscrito al reino de la prensa (1808-1833)”, en Francois Xavier Guerra y Annick Lempérière (et. al.), *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-FCE, 1998; Iván Jacksic, “Sarmiento y la prensa chilena del siglo XIX” en *Historia* N° 26 (1992); Alfredo Jocelyn Holt, “El desarrollo de una conciencia pública en Lastarria y Sarmiento”, en *Estudios Públicos* N° 17 (1985); Carlos Ossandón y Eduardo Santa Cruz, *Entre las alas y el plomo. La gestación de la prensa moderna en Chile*, Santiago, LOM-ARCIS, 2001; Carlos Ossandón, “El Correo Literario de 1858”, en *Mapocho* N° 38 (1995); Carlos Ossandón, *Modos de validación del texto periodístico de mediados del siglo XIX en Chile*, Santiago, ARCIS, 1996; entre otras obras fundamentales.

<sup>6</sup> Ana María Stuyen, *La seducción de un orden. Las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 2000, p. 61.

Esta autodenominada “aristocracia” era una poderosa fuerza social<sup>7</sup>, que si bien era reducida en número, no dudó en asumir a partir 1810 la tarea cívica de construir un Estado-nación de características modernas. Además, debió asumir la construcción de espacios y medios públicos bajo esa misma dimensión. No bastaba con declarar que se estaba participando en la fundación de un “nuevo” Estado sino había que vivirlo.

En la práctica, la construcción de las representaciones, espacios e instituciones modernas fue un proceso ambiguo. La elite mantuvo inalterable parte importante de su mentalidad tradicional. Vivir la modernidad política implicaba formar ciudadanos “nuevos”, es decir, informados, con derechos y deberes, al interior de espacios abiertos de sociabilidad política<sup>8</sup>. Ampliar la ciudadanía, desde la “aristocracia” al bajo pueblo, era una necesidad fundamental en la vivencia efectiva de la modernidad política.

En el Chile de entonces la transformación del bajo pueblo en ciudadanos fue prácticamente nula. Por ejemplo, los esfuerzos en educación estuvieron centrados en la especialización y civilización de los jóvenes varones provenientes de la misma capa dirigente. El *Instituto Nacional*, el *Liceo de Chile* o el *Colegio de Santiago* se transformaron en las principales instituciones educativas secundarias fomentadas por el “nuevo” Estado chileno<sup>9</sup>. Debe reconocerse que las autoridades de gobierno se valieron de instituciones tradicionales, como la Iglesia Católica o de algunos particulares

---

<sup>7</sup> Resulta interesante la autodenominación de “aristocracia” que se daba asimismo la elite dirigente. Ese sentido de pertenencia e intereses comunes ha llevado a Ana María Stiven a definirla como parte de su “carácter de clase”. Guillermo Feliú Cruz en su *Durante la República. Perfiles de la evolución política, social y constitucional*, Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, 2000, plantea que esa “aristocracia” era una poderosa fuerza social, que se entrecruzaba y se potenciaba con otra fuerza recién en formación, la “oligarquía”, que ambiguamente el autor caracteriza por su “espíritu de empresa” y su vinculación con la tradicional “aristocracia nobiliaria”, pp. 15-25.

<sup>8</sup> Tales como los barrios populares de París en el siglo XVIII y XIX. Francois Xavier Guerra, “Aportaciones y ambigüedades y problemas de un nuevo objeto histórico”, en *Lo público y lo privado en la historia americana*. Santiago, Fundación Mario Góngora, 2000, p. 28.

<sup>9</sup> La viabilidad de cada una de estas tres instituciones emblemáticas fue disímil. Con el triunfo de los conservadores en Lircay desaparece el liberal *Liceo de Chile*. El *Colegio de Santiago* desaparecerá poco tiempo después por problemas económicos. El *Instituto Nacional* será la única que tendrá una mayor proyección, llegando incluso hasta la actualidad.

chilenos o extranjeros para dirigir esas instituciones educativas<sup>10</sup>, pues eran los únicos preparados intelectualmente para hacerlo.

A pesar de estos esfuerzos, la ampliación, uniformidad y centralización de la enseñanza<sup>11</sup> fue una de las principales políticas públicas aplicadas por los gobiernos conservadores<sup>12</sup>. Asimismo, la primacía de la consolidación territorial del Estado-nación como parte del itinerario político inmediato de los gobiernos de raíz portaleana, conllevó, entre otros aspectos, a que la educación primaria quedase relegada a un segundo lugar, consolidándose solamente a partir de 1860<sup>13</sup>. La gran mayoría de los niños y mujeres pobres tuvieron que esperar hasta la segunda mitad del siglo XIX para que se iniciara lentamente el proceso de su incorporación a la sociedad civil moderna<sup>14</sup>. El testimonio del estadounidense John Coffin es concluyente:

Un mozo de la mejor clase social, tan pronto como sabe algo de escritura y aritmética y ha salido de la escuela, corre con su novia al altar, y antes

---

<sup>10</sup> Fundamentalmente podemos señalar entre los particulares extranjeros, la participación del liberal español José Joaquín Mora en la fundación del *Liceo de Chile*.

<sup>11</sup> La enseñanza elemental incluía *doctrina cristiana, lectura, escritura* y las *cuatro operaciones básicas de la aritmética*, véase Amanda Labarca, *Historia de la Enseñanza en Chile*, Santiago, Universitaria, 1939, p. 88.

<sup>12</sup> Claudio Fierro, “Estado y Educación en el siglo XIX. Uniformidad y control de los exámenes (1810-1879)”, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Instituto de Historia, Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile, p. 27.

<sup>13</sup> Fernando Campos Harriet, *Desarrollo Educacional, 1810-1960*, Santiago, Andrés Bello, 1960, p. 16.

<sup>14</sup> En este punto diferimos del planteamiento de Céline Desramé con respecto a la existencia en Chile de un sistema estructurado de escuelas primarias desde fines de la colonia. Más bien, lo que existió fue un sistema informal de educación, dirigido por la Iglesia Católica, que entregaba una formación elemental, y que abarcaba a un escaso número de niños y jóvenes. Los testimonios de extranjeros presentes en Chile así lo confirman, en palabras de Johnston “es un hecho, sin embargo, por más extraño que a usted le parezca, que en una ciudad fundada hace tres siglos y capital de una capital rica y floreciente, no se ha establecido jamás una escuela para mujeres sino después de la revolución”, en Sofía Guerrero, “Imagen de Chile a través de los viajeros románticos: 1810-1850”, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Instituto de Historia, Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile, p. 98. A pesar de la ausencia de un sistema estructurado de educación para las mujeres, el extranjero Samuel Haigh en “Viaje a Chile en la época de la Independencia, 1817”, nos señala que éstas gozaban con sus escasas lecturas, en *Viajeros en Chile*, Santiago, Del Pacífico, 1955, p. 36.

de que como hombre tenga tiempo de observar lo que le rodea, se encuentra ya padre de familia<sup>15</sup>.

Para el caso de la educación primaria, según la *Memoria Ministerial* del año 1835, la situación educativa en Chile se presentaba sin ninguna escuela fiscal en Santiago, pero con 2200 niños educándose en escuelas municipales, eclesiásticas y particulares<sup>16</sup>. A pesar de estos esfuerzos, la mayoría de la población chilena post independencia se encontraba marginada del sistema escolar. Su ignorancia, falta de educación y analfabetismo hicieron que la transición general hacia la conformación de una opinión pública moderna se hiciera forzosamente en el largo plazo<sup>17</sup>.

### **Que leen**

El sistema educativo chileno hacia 1830 era extremadamente precario. Las prácticas de lectura se encontraban en una situación muy parecida. Por ejemplo, hasta mediados de la década de 1820 los niños aprendían a leer exclusivamente con obras de fundamento religioso-tradicional, como el *Catecismo Católico*<sup>18</sup>. Ese tipo de lecturas no varió mayormente con el transcurso de los años. A pesar de que durante este tiempo se radicalizó el movimiento independentista, las ideas y el imaginario moderno-ilustrado encontraron férreas barreras para asentarse y perpetuarse en Chile. La censura de libros de fundamento extremadamente liberal fue una práctica habitual, fomentada por las

---

<sup>15</sup> Sofia Guerrero, “Imagen de Chile a través de los viajeros románticos: 1810-1850”, p. 98.

<sup>16</sup> Cfr. Sol Serrano, “La escuela chilena y la definición de lo público”, en *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-FCE, 1998, p. 343.

<sup>17</sup> Céline Desramé, “La comunidad de lectores y la formación de espacio público en el Chile revolucionario: De la cultura del manuscrito al reino de la prensa (1808-1833)”, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-FCE, 1998, p. 298.

<sup>18</sup> José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, Santiago, Zig-Zag, 1974, p. 25.

diversas autoridades de gobierno, tanto liberales como conservadoras<sup>19</sup>. La fuerte influencia cultural de la Iglesia Católica chilena en la sociedad de entonces ha quedado registrada en diversos testimonios de extranjeros asentados en Chile. En palabras del irónico ciudadano estadounidense Johnston:

El estado de las letras en Chile es muy mísero, estando casi todo el saber relegado en el país a los eclesiásticos<sup>20</sup>.

Si bien es altamente probable que obras ilustradas hayan ingresado y circulado privadamente al interior del país, hacia 1825 lo hicieron públicamente. José Zapiola en sus *Recuerdos* nos revela que las obras de *Rousseau*, *Lebrun* o *Pigault* se vendían libremente<sup>21</sup>. El historiador de la cultura, Bernardo Subercaseaux, ha podido constatar que durante este período de tiempo, en la biblioteca del Instituto Nacional se hallaban para consulta de sus estudiantes obras de *Voltaire*, *Feijóo* y *Lamennais*<sup>22</sup>. Pero tal vez las obras que tuvieron más publicidad en ese período fueron las del conservador inglés *Bentham*. Intelectuales que tuvieron la oportunidad de formarse con esas obras en Inglaterra, tales como José Joaquín Mora y Andrés Bello, no dudaron tras asentarse en Chile de incorporarlos en los planes de estudios de las instituciones educativas que dirigieron en Santiago<sup>23</sup>.

Este tipo de libros eran difíciles de conseguir por la censura previa. Además el alto precio los convertía prácticamente en un lujo. Las librerías no existían. La

---

<sup>19</sup> Sofía Guerrero, “Imagen de Chile a través de los viajeros románticos: 1810-1850”, p. 98 y Carlos Foresti (Et. Al.), *La narrativa chilena desde la independencia hasta la Guerra del Pacífico*. Santiago, Andrés Bello, 1998, p. 50.

<sup>20</sup> Sofía Guerrero, “Imagen de Chile a través de los viajeros románticos: 1810-1850”, p. 98.

<sup>21</sup> José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, p. 25.

<sup>22</sup> Bernardo Subercaseaux, *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX (Lastarria, ideología y literatura)*, Santiago, Aconcagua, 1981, p. 28.

<sup>23</sup> Amanda Labarca, *Historia de la Enseñanza en Chile*, p. 82.

adquisición de libros se efectuaba en lugares no especializados. Muchas veces la compra de libros debía realizarse entre dos o más personas<sup>24</sup>. Tras leerlo, lo revendían o si la situación lo ameritaba se intercambiaban por otros textos al interior de grupos de lectores<sup>25</sup>. Bajo este contexto de penuria en el desarrollo literario ni pensar aún en publicación de libros de autoría nacional<sup>26</sup>. Otro viajero de la época presente en Chile, Williams Ruschenberg, lo relataba así:

No hay una sola librería en toda la ciudad: la colección más grande de libros en venta se encuentra en medio de la cuchillería y ferretería de un almacén. No pude conseguir el Don Quijote en Santiago a pesar de ser tan popular<sup>27</sup>.

A pesar de esta deplorable situación de las letras, existieron ciertos soportes donde las plumas nacionales imprimieron sus ideas modernas, el periódico. Si bien por largo tiempo se mantuvieron formas tradicionales para la circulación de ideas de sustento ilustrado, tales como el rumor o las cartas, el periódico fue el soporte moderno por excelencia de expresión de ideas de esa misma raíz en el siglo XIX. El poder de provocar públicamente a un enemigo político se transformó en una necesidad imperiosa en aquellos años. A pesar de que la tirada de ejemplares era mínima, generalmente reducida al círculo de la gente conocida<sup>28</sup>, el fomento desde el Estado de una suscripción

---

<sup>24</sup> José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, p.25.

<sup>25</sup> Bernardo Subercaseaux, *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX (Lastarria, ideología y literatura)*, p. 23.

<sup>26</sup> Sofía Guerrero, “Imagen de Chile a través de los viajeros románticos: 1810-1850”, p. 98.

<sup>27</sup> Céline Desramé, “La comunidad de lectores y la formación de espacio público en el Chile revolucionario: De la cultura del manuscrito al reino de la prensa (1808-1833)”, p. 281.

<sup>28</sup> Pilar González, “Literatura injuriosa y opinión pública en Santiago de Chile durante la primera mitad del siglo XIX”, en *Estudios Públicos* N° 76 (1999), p. 258.



oficial a los periódicos se transformó en un aliciente para la masificación de este tipo de instrumentos de opinión moderna<sup>29</sup>.

### **Dónde leen**

De no ser por el subsidio estatal, la lectura de periódicos habría resultado mucho más difícil de instaurar en Chile. La lectura de libros no corrió mejor suerte, puesto que tal como señalábamos anteriormente, la existencia de puntos de venta especializados de éstos fue prácticamente una constante durante gran parte de la primera mitad del siglo XIX. A pesar de este deplorable escenario cultural, parece ser que algunos miembros de las elites lograron constituir amplias bibliotecas privadas, aunque tal como lo señala la historiadora Celine Desramé, se ha constatado que la mayoría de los textos presentes en esas bibliotecas no eran impresos sino que manuscritos<sup>30</sup>. En el ámbito público, desde tiempos coloniales existieron bibliotecas abiertas a los interesados, custodiadas principalmente en instituciones religiosas. Pero desde 1813 este tipo de establecimientos dio un giro fundamental. La formación del nuevo Estado chileno conllevó la fundación de una Biblioteca Nacional. Así, a partir de la donación de obras de particulares y de congregaciones religiosas fue constituyéndose uno de los espacios públicos modernos más importantes de la historia de Chile, inclusive extendiéndose hasta la actualidad.

A pesar de este considerable avance de la modernidad política, los testimonios de la época nos revelan que la consulta de libros en las bibliotecas era extremadamente escasa. Alexander Caldeleugh, de visita en Santiago de Chile en 1821, se dirigió a la biblioteca de los Agustinos. Tras el recorrido se expresa en sus memorias que “en ésta

---

<sup>29</sup> Zapiola nos dice en sus *Recuerdos de treinta años* que eran entre doce y quince los ejemplares de *El Mercurio de Valparaíso* que el Estado no subvencionaba. P. 163.

<sup>30</sup> Céline Desramé, “La comunidad de lectores y la formación de espacio público en el Chile revolucionario: De la cultura del manuscrito al reino de la prensa (1808-1833)”, p. 276.

imperaba el desamparo y la desolación”<sup>31</sup>. Pero tal vez el testimonio más juicioso y agudo en sus comentarios culturales y sociales del Chile de la primera mitad del siglo XIX, provienen del alemán Eduard Poeppig. Tras un intenso recorrido por la ciudad de Santiago concluyó que el “ciudadano” santiaguino era carente de conocimientos sólidos en las diversas áreas del saber<sup>32</sup>. Por ese motivo, los libros resguardados en las bibliotecas denotaban “que no han sido consultados” en mucho tiempo<sup>33</sup>.

Pero la modernidad política estaba llamada a fundar sus propios espacios públicos. Es así como los cafés y las tertulias debían ser los lugares preferidos para la socialización de ideas, ya sea mediante la discusión, el debate y o las críticas de quienes asistían a ellos. Si bien desde la colonia este tipo de lugares existieron, no habrían cumplido con el fin que la modernidad exigía<sup>34</sup>. En Valparaíso, por ejemplo, en los cafés ni siquiera se podían consultar periódicos, simplemente no los ofrecían<sup>35</sup>. José Zapiola nos detalla la situación vivenciada por los cafés entre 1830 y 1840:

Hevia abrió un café en la plaza, en el lugar que hoy ocupa el palacio arzobispal. Era el más bien montado que se había visto en Santiago; pero diez años más tardes cerró por falta de concurrencia<sup>36</sup>.

La situación de las tertulias no variaba en demasía con lo acontecido por los cafés literarios. Simplemente estos espacios de sociabilidad de ideas en Chile eran

---

<sup>31</sup> Samuel Haigh, “Viaje a Chile en la época de la Independencia, 1817”, p. 158.

<sup>32</sup> Eduard Poeppig, *Un testigo en la alborada de Chile*, Santiago, Zig-Zag, 1960, p. 217.

<sup>33</sup> *Ibíd.*

<sup>34</sup> En el estudio de María Angélica Muñoz no sólo se plantea que las tertulias sufrieron profundas transformaciones entre los siglos XVIII y XIX, sino que además las había de distintas modalidades, desde las recreativas a las literarias, “Los salones literarios en Chile y otras instancias culturales, en *Revista Universitaria*, n° 48, 1995, pp. 10-14.

<sup>35</sup> Eduard Poeppig, *Un testigo en la alborada de Chile*, p. 91.

<sup>36</sup> José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, p. 30.

lugares de juegos y diversión<sup>37</sup>. Poeppig fue enfático en señalar que “las tertulias criollas no satisfacen a la larga las exigencias que hace el conocedor o el hombre serio a una conversación”<sup>38</sup>. El testimonio de Ignacio Domeyko con respecto a una tertulia “conservadora” es concluyente:

Comencé al principio por frecuentar las reuniones en la tarde, las tertulias de los pelucones... Las señoras permanecían habitualmente en el salón muy bien alumbrado y los hombres en una pieza aparte conversando tranquilamente o jugando naipes. La mayor parte de las personas de edad avanzada en el momento del *Ángelus* se levantaban para rezar la oración: sólo las señoras permanecían sentadas. Después del *Ángel del Señor* uno debía según la antigua costumbre, dar las buenas tardes. La cortesía obligaba a dejar este honor a la persona más distinguida de la reunión, después de un minuto de urbanidad en que mutuamente se transferían la preferencia. Este derecho fue aceptado por el Sr. Egaña, ministro y autor de la nueva Constitución, quien saludó a toda la gente y pronunció con gravedad: Señora, buenas noches.

Servían helados, sorbetes, confituras; había discusiones políticas, pero muy moderadas, y en general las reuniones mostraban el carácter grave y tranquilo con mucho respeto por las personas ancianas<sup>39</sup>.

### **Cómo leen.**

---

<sup>37</sup> José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, p. 29.

<sup>38</sup> Eduard Poeppig, *Un testigo en la alborada de Chile*, p. 89.

<sup>39</sup> Ignacio Domeyko, “La apacible vida santiaguina a mediados del siglo XIX”, en *Mapocho* n° 13, 1965, p. 36.

Durante la primera mitad del siglo XIX la forma más tradicional de practicar la lectura fue en alta voz. La lectura silenciosa fue más tardía, era símbolo de la modernidad<sup>40</sup>. La comunicación oral se había transformado desde tiempos coloniales en la más fundamental forma de socializar públicamente las novedades políticas. Permear el analfabetismo presente en la sociedad, especialmente en los sectores de menores recursos económicos, conllevó a que culturalmente se estructuraran sistemas de transmisión de ideas adecuados a la realidad social de la época. Tal como la historiadora Celine Desramé ha concluido en sus estudios, el rumor, por ejemplo, operó como una “mediación fundamental entre las diferentes capas de la sociedad”<sup>41</sup>.

La elite chilena durante el siglo XIX continuó fomentando la lectura a “viva voz” de textos, proclamas o bandos de gobierno. Había que civilizar republicánicamente a la población, inclusive utilizando prácticas conocidas en el imaginario tradicional del Chile de entonces<sup>42</sup>. Ahora bien, la ignorancia lectoescritural no estaba únicamente circunscrita a los sectores más pobres de la sociedad chilena, sino que también se presentaba al interior de las elites. Zapiola nos señala que en los cafés literarios “dos o tres asistentes obligados” debían leer “en voz alta, para poner al corriente del contenido de *El Mercurio*”<sup>43</sup>.

Los miembros de la elite que tuvieron la posibilidad de formarse en lectoescritura en el sistema educacional chileno de entonces<sup>44</sup>, lo hicieron mediante la

---

<sup>40</sup> Álvaro Soffía, *Lea el mundo cada semana. Prácticas de lectura en Chile, 1930-1945*, Valparaíso, Universitarias de Valparaíso, 2003. p. 101.

<sup>41</sup> Céline Desramé, “La comunidad de lectores y la formación de espacio público en el Chile revolucionario: De la cultura del manuscrito al reino de la prensa (1808-1833)”, p. 284.

<sup>42</sup> Desramé señala que en algunos barrios, los alcaldes y sacerdotes debían leer semanalmente los periódicos al bajo pueblo, en “La comunidad de lectores y la formación de espacio público en el Chile revolucionario: De la cultura del manuscrito al reino de la prensa (1808-1833)”, pp. 296-297.

<sup>43</sup> José Zapiola, *Recuerdos de treinta años*, p. 163.

<sup>44</sup> El historiador Manuel Vicuña señala que las tres principales instituciones educativas de Santiago, dígame el *Instituto Nacional*, el *Liceo de Chile* y el *Colegio de Santiago* poseían al menos un curso de memorización y oratoria, en “Funciones sociales de la oratoria en el Chile republicano”, Eduardo Cavieres (Editor), *Entre discursos y prácticas. América Latina en el siglo XIX*, Valparaíso, Universitarias de Valparaíso, 2003, p. 147.

memorización repetitiva de textos y la posterior lectura de éstos en voz alta<sup>45</sup>. A pesar de que Poeppig sentencia que no existió interés por parte del “hombre de la calle” de leer textos<sup>46</sup>, en aquellos individuos que si visualizaron beneficios intelectuales de la lectura de libros y periódicos, no dudaron en conformar grupos de lectores en donde no sólo se leía en voz alta, sino que además se prestaban e intercambiaban los escasos textos que lograban entrar a Chile en la primera mitad del siglo XIX<sup>47</sup>.

### **Consideraciones finales**

Los estudios culturales actuales han comenzado a ampliar los enfoques, prácticas, objetos y métodos de estudios relacionados con la creación y evolución del ciudadano iberoamericano en el siglo XIX. Estas nuevas orientaciones epistemológicas están permitiendo construir marcos teóricos y metodológicos más eficaces y completos para el estudio del comportamiento del ser humano.

Junto con lo anterior, los objetos de estudios se han diversificado, ya que anteriormente se centraba en la importancia de agentes únicos, como podía ser la figura del *caudillo* en Iberoamérica. Hoy en día, se han valorizado los métodos de estudio que buscan comprender las evoluciones conceptuales y los aportes interdisciplinarios, todo lo cual explicaría de una manera más certera la génesis, desarrollo y proyección del paso del *antiguo vecino* al *moderno ciudadano* al interior de una compleja red de relaciones sociales de la primera mitad del siglo XIX.

Para el caso de la opinión pública moderna en Chile, durante un largo período se lo estudió desde una perspectiva limitada espacial y temporalmente, es decir, en la práctica

---

<sup>45</sup> Céline Desramé, “La comunidad de lectores y la formación de espacio público en el Chile revolucionario: De la cultura del manuscrito al reino de la prensa (1808-1833)”, pp. 284 y 287.

<sup>46</sup> Eduard Poeppig, *Un testigo en la alborada de Chile*, p. 92.

<sup>47</sup> Álvaro Soffia, *Lea el mundo cada semana. Prácticas de lectura en Chile, 1930-1945*, p. 101 y Bernardo Subercaseaux, *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX (Lastarria, ideología y literatura)*, p. 23.

se intentó categorizarlo desde definiciones conceptuales erradas. Esto trajo como consecuencia una restringida, y por qué no decirlo equivocada interpretación de los alcances, presencia y actuación del moderno ciudadano decimonónico y de los procesos que lo rodeaban al interior de los espacios sociopolíticos nuevos. Bajo estos planteamientos, para el caso iberoamericano se ha producido una verdadera desmitificación de los alcances del concepto *ciudadano*. La opinión pública de principios del siglo XIX tanto en Chile como en Iberoamérica fue una figura en construcción, es decir híbrida, en el cual se entrecruzaban ideales modernos, provenientes de la Ilustración dieciochesca europea y, tradicionales, provenientes del Antiguo Régimen español.

## **Bibliografía**

BULNES, Alfonso. “La prensa chilena en la época de Portales” en *Semana retrospectiva de la prensa chilena*, Universidad de Chile, 1934.

CAMPOS HARRIET, Fernando. *Desarrollo Educacional, 1810-1960*, Santiago, Andrés Bello, 1960.

DESRAMÉ, Céline. “La comunidad de lectores y la formación de espacio público en el Chile revolucionario: De la cultura del manuscrito al reino de la prensa (1808-1833)”, en François Xavier Guerra y Annick Lempérière (et. al.), *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-FCE, 1998.

DOMEIKO, Ignacio, “La apacible vida santiaguina a mediados del siglo XIX”, en *Mapocho* n° 13, 1965.

FELIÚ CRUZ, Guillermo. *Durante la República. Perfiles de la evolución política, social y constitucional*, Santiago, Centro de Investigaciones Barros Arana, 2000.

FIERRO, Claudio. “Estado y Educación en el siglo XIX. Uniformidad y control de los exámenes (1810-1879)”, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Instituto de Historia, Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile.

FORESTI, Carlos (Et. Al.). *La narrativa chilena desde la independencia hasta la Guerra del Pacífico*. Santiago, Andrés Bello, 1998.

GONZÁLEZ, Pilar. “Literatura injuriosa y opinión pública en Santiago de Chile durante la primera mitad del siglo XIX”, en *Estudios Públicos* N° 76 (1999).

GUERRA, François Xavier. “Aportaciones y ambigüedades y problemas de un nuevo objeto histórico”, en *Lo público y lo privado en la historia americana*. Santiago, Fundación Mario Góngora, 2000.

GUERRERO, Sofía. “Imagen de Chile a través de los viajeros románticos: 1810-1850”, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Instituto de Historia, Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile.

HAIGH, Samuel. “Viaje a Chile en la época de la Independencia, 1817, en *Viajeros en Chile*, Santiago, Del Pacífico, 1955.

JACKSIC, Iván. “Sarmiento y la prensa chilena del siglo XIX” en *Historia* N° 26 (1992).

JOCELYN HOLT, Alfredo. “El desarrollo de una conciencia pública en Lastarria y Sarmiento”, en *Estudios Públicos* N° 17 (1985).

LABARCA, Amanda. *Historia de la Enseñanza en Chile*, Santiago, Universitaria, 1939.

MARTÍNEZ BAEZA, Sergio. *El libro en Chile*, Santiago, Biblioteca Nacional, 1982.

- MUÑOZ, María Angélica, “Los salones literarios en Chile y otras instancias culturales” en *Revista Universitaria*, (Santiago), 48, 1995.
- OSSANDÓN, Carlos y Eduardo Santa Cruz. *Entre las alas y el plomo. La gestación de la prensa moderna en Chile*, Santiago, LOM-ARCIS, 2001.
- OSSANDÓN, Carlos. “El correo Literario de 1858”, *Mapocho*, N° 38 (1995).
- OSSANDÓN, Carlos. *Modos de validación del texto periodístico de mediados del siglo XIX en Chile*, Santiago, ARCIS, 1996.
- POEPPIG, Eduard. *Un testigo en la alborada de Chile*, Santiago, Zig-Zag, 1960.
- SERRANO, Sol, “La escuela chilena y la definición de lo público”, en *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos-FCE, 1998.
- SILVA CASTRO, Raúl. *Prensa y periodismo en Chile, 1812-1956*, Universidad de Chile, 1958.
- SOFFIA, Álvaro. *Lea el mundo cada semana. Prácticas de lectura en Chile, 1930-1945*, Valparaíso, Universitarias de Valparaíso, 2003.
- STUVEN, Ana María, *La seducción de un orden. Las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 2000.
- SUBERCASEAUX, Bernardo. *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX (Lastarria, ideología y literatura)*, Santiago, Aconcagua, 1981.
- SUBERCASEAUX, Bernardo. *Historia del libro en Chile (Alma y Cuerpo)*, Santiago, Andrés Bello, 1993.
- VALDEBENITO, Alfonso. *Historia del periodismo chileno, 1812-1955*, Círculo de periodistas de Chile, 1956.



VICUÑA, Manuel. “Funciones sociales de la oratoria en el Chile republicano”, en Eduardo Cavieres (Editor), *Entre discursos y prácticas. América Latina en el siglo XIX*, Valparaíso, Universitarias de Valparaíso, 2003.

ZAPIOLA, José. *Recuerdos de treinta años*, Santiago, Zig-Zag, 1974.